

Belocopitow y la difusión científica

Por Tomás Buch

Dr. en Química-Física. Tecnólogo

A comienzos de este año falleció a los 80 años el Dr. Enrique Belocopitow, uno de los prohombres de la difusión y divulgación científica argentina durante cuarenta años, desde su lugar de trabajo, el Instituto Leloir.

La labor del Dr. Belocopitow en esta área fue incansable, y sabía de qué hablaba cuando se refería a la necesidad de que la población argentina se enterase de lo que hacían sus científicos. Por eso, en estas líneas no quisiera hacer su obituario ni su panegírico, sino referirme al objeto de sus desvelos.

Difusión y divulgación no son lo mismo. Difusión es dar a conocer lo que se hace; divulgar implica casi siempre una actitud de condescendencia: es para el "vulgo" como lo dice la misma palabra. Difusión también implica explicar a los legos, pero el tono es otro. La poca divulgación que se ha hecho en la Argentina demasiadas veces tuvo ese carácter paternalista que dice: no lo vas a entender, pero, créeme que es importante.

A pesar de la decadencia del sistema educativo argentino todavía producimos buena ciencia y en una cantidad apreciable, en especial dadas las dificultades de todo tipo con que la ciencia argentina ha tropezado en su historia. Dificultades financieras, pero también presiones políticas. Pero en buena medida, dificultades de comprensión por parte de un público científicamente analfabeto, que poco acceso había tenido a los científicos y sus laboratorios, y poca comprensión de la importancia de sus tareas. Esa incompreensión y desconocimiento no era casual. La ciencia argentina nació casi como adorno de la cultura y no fue reconocida como palanca esencial del desarrollo económico. Era agradable saber que los dinosaurios habían poblado nuestra Patagonia millones de años atrás, pero los dinosaurios no eran comestibles. La gente se preguntaba: ¿por qué debo financiar con parte de los impuestos que pago que esta gente se divierta en sus laboratorios haciendo cosas que no sé si sirven para algo?

Esta pregunta no es trivial, ni lo es su respuesta, sobre todo en una sociedad en la que el saber en sí mismo no es considerado un valor. Hay muchas anécdotas sobre esto: una de las más conocidas es la de la pregunta hecha a J. Nehru, a quien se le preguntó cómo un país tan pobre como la India podía darse el lujo de gastar en Ciencia. La respuesta fue: justamente porque somos pobres, no podemos darnos el lujo de no tener Ciencia.

Por lo pronto, la relación entre la ciencia y la riqueza no es una relación fácil ni lineal. Depende siempre de qué ciencia estamos hablando, y con qué finalidades nos dedicamos a ellas. Puedo distinguir tres razones: la primera, porque el conocimiento mismo es un valor; la segunda, porque debemos conocer en el mayor detalle posible cuál es nuestro patrimonio para estar en condiciones de defenderlo y no intercambiarlo por espejitos de colores; la tercera, porque es una de las herramientas fundamentales para el desarrollo tecnológico, que es el único camino que nos queda para no ser una dependencia de los países ricos, o, en el mejor de sus casos, su patio trasero y destino turístico porque somos pintorescos.

Son tres finalidades muy diferentes. La primera es la más difícil de entender, sobre todo en una cultura como la nuestra, que ha venido degradándose desde hace décadas, eficazmente ayudada por la represión y por la chabacanería y la apología de la ignorancia y de la violencia mostrada con fruición por gran parte de los medios de difusión masiva.

La segunda es más evidente, pero choca con políticas y leyes entreguistas y nefastas de las que no se suele hablar. Muchos de los argumentos contra esta entrega son técnicos y otros son políticos, pero si la gente carece de toda formación científica, le resulta muy difícil hacerse una idea que vaya más allá de los argumentos demagógicos a favor o en contra. El caso de la minería en nuestra región y el de las pasteras en el Uruguay son ejemplos actuales y candentes.

La tercera es aún más difícil de entender, porque sus objetivos van más allá de sí mismos. Se nos ha educado para confundir la tecnología con la ciencia aplicada, un error histórico grave. Para hacer tecnología, la ciencia es una herramienta básica, pero no lo es todo. Por eso es necesaria una alfabetización tecnológica separada de la alfabetización científica.

La ciencia tiene un pobre lugar en el consciente colectivo. Es fundamental que esa actitud que une el desprecio a la admiración en una última paradoja que es necesario disolver se supere mediante la educación en todos los niveles, tal vez empezando por la de los políticos, para que sepan qué es esa "Sociedad del Conocimiento" de la que tanto se habla mientras la educación se sigue degradando.